

***Tras Génova y el 1º de Mayo. Las lecciones de nuestras
grandiosas manifestaciones***

**León Trotsky
8 de mayo de 1922**

(Versión al castellano desde [Après Gênes et le 1er Mai](#))

Las manifestaciones del 1º de Mayo han sido verdaderamente grandiosas, tanto en Moscú como en Petrogrado y también en Kiev y Járkov. Ni los mismos organizadores habían previsto tal afluencia de manifestantes. Los extranjeros presentes, incluyendo a quienes son más hostiles con nosotros, han quedado estupefactos. Uno de los representantes de Ámsterdam decía, bajo la impresión de las manifestaciones, que no había visto nada parecido desde el entierro de Víctor Hugo. Había visto, por tanto, un buen número de manifestaciones en diferentes países de Europa. Por supuesto que el estado de ánimo de los manifestantes era variado. Unos venían a manifestarse con entusiasmo, otros con simpatía, unos terceros por curiosidad y unos cuartos por espíritu de imitación. Pero siempre es así en un movimiento de masas. La masa, en general, tenía el sentimiento de participar en una obra colectiva; y, naturalmente, estaba bajo la influencia de aquellos a los que estimulaba el entusiasmo.

Algunos días antes de mayo, los camaradas decían en nuestras secciones: “No puede nadie figurarse cómo la conferencia de Génova ha elevado el sentimiento revolucionario y el interés político de las masas obreras.” Otros añadían: “El orgullo revolucionario juega un gran papel en el actual estado de ánimo. ¡Hemos obligado a nuestros enemigos a que nos hablen en un lenguaje casi humano!”

A juzgar por la prensa socialista blanca de la emigración rusa en el extranjero, la clase obrera rusa, escéptica, deprimida y reaccionaria, es completamente hostil a los soviets. Es posible que todas las corresponsalías que exponen esto no estén redactadas en Berlín, capital del monarquismo ruso y del socialismo blanco. Es fácil que algunas de esas corresponsalías estén redactadas espontáneamente. Cada uno describe la naturaleza que él ve. Los mencheviques lo abordan todo por el revés y lo describen al revés. No hay dudas de que en nuestros barrios obreros hay descontento con las duras condiciones actuales de existencia. También se puede reconocer que la lentitud del desarrollo de la revolución europea, y el proceso tan penoso del desarrollo de nuestra economía, engendra entre los trabajadores de medios no puramente proletarios cierta depresión, cierto desasosiego que se transforma incluso en misticismo. En la vida cotidiana (y nuestra gran época tiene su banalidad cotidiana) la conciencia de clase se dispersa en pequeñas preocupaciones. Los diferentes intereses, las diferentes mentalidades de los grupos de la clase obrera pasan a primer plano. Pero los grandes acontecimientos recientes han revelado con fuerza la profunda unidad de un proletariado que ha pasado por el crisol de la revolución. Ya habíamos observado este hecho a lo largo de la ruta que va de la insurrección de los checo-eslovacos en el Volga a la conferencia de Génova. Nuestros mismos enemigos lo han dicho más de una vez: la insurrección checo-eslovaca le ha sido útil al poder de los soviets. Los mencheviques, los s-r y los amigos de Miliukov, que son sus hermanos mayores, repiten que la nocividad de las intervenciones en Rusia proviene, precisamente, de que únicamente

logran afirmar el poder de los soviets. Que no es decir otra cosa sino que las grandes pruebas revelan la profunda unidad de ese poder con las masas obreras, a pesar de los errores y abusos, a pesar de la ruina, a pesar de las torpezas, a pesar de la fatiga de unos y del descontento de otros.

Es cierto que un régimen gubernamental contrario a las aspiraciones de la sociedad puede resultar afirmado, en determinados casos, gracias a un peligro exterior. Lo vimos bajo la autocracia, en el primer período de la guerra ruso-japonesa, y más aún a principios de la guerra imperialista. Pero sólo es así en el primer período, es decir, mientras la conciencia de las masas populares no se haya acostumbrado a los nuevos hechos. Después aparecen los ajustes de cuentas. Y el régimen que sobrevive pierde cien veces más de aquello que parecía haber ganado en el primer período de guerra. ¿Por qué ese fenómeno, parece que condicionado por una ley general, no se renueva en la república de los soviets? ¿Por qué nuestros enemigos más perspicaces han renunciado a la intervención militar después de tres años? Por el mismo motivo que hace que la conferencia de Génova haya suscitado en las masas obreras de Rusia el impulso vigoroso del que el grandioso éxito de las manifestaciones del 1º de Mayo no es más que la consecuencia.

Los mencheviques y los s-r estaban, naturalmente, contra la manifestación y habían invitado a los obreros y no participar en ella. No ha podido acreditarse mejor la unanimidad de los trabajadores en las cuestiones esenciales de la vida de la república. Ciertamente se puede argüir que la represión ha obstaculizado y obstaculiza el éxito de las prédicas de los socialistas blancos. Es incontestable. Pero eso es la lucha; ellos quieren derrocar el poder de los soviets y ese poder les presenta resistencia. No nos sentimos en absoluto inclinados a ofrecerle condiciones favorables a su acción contrarrevolucionaria.

La burguesía tampoco se esfuerza en ninguna parte para facilitar las tareas de los comunistas. Y sin embargo, el movimiento revolucionario ha crecido y sigue creciendo. El zarismo disponía del más temible aparato de coerción y no por ello dejó de caer. Decimos más; los mismos mencheviques a menudo han dicho y repetido que la represión de la autocracia no hacía más que extender y templar al movimiento revolucionario. Era cierto. En el primer período de la guerra ruso-japonesa y de la guerra imperialista las manifestaciones patrióticas preservaron al antiguo régimen. Pero en una medida muy restringida. Las calles de las grandes ciudades no tardaron en caer en poder de las masas revolucionarias. No se explica nada, pues, con la represión. O bien el empleo de este argumento hace nacer el interrogante siguiente: ¿por qué esas respuestas se ven coronadas por éxito mientras que todas las luchas contra ellas son inútiles? He aquí la respuesta: la represión no consigue sus objetivos cuando está al servicio de un poder gubernamental que se sobrevive a sí mismo y cuando está dirigida contra las jóvenes fuerzas históricas que son el progreso. Pero en manos de un poder que marcha con la historia y con el progreso la represión puede ser empleada muy eficazmente y despejar el terreno de fuerzas perimidas.

Pero si nuestro 1º de Mayo ha revelado la profunda unidad de los trabajadores y del régimen de los soviets así como, también, la completa impotencia de los partidos del socialismo blanco, ¿no se puede deducir de ello la inutilidad de la represión? ¿no hay lugar ya para legalizar la impotencia de los enemigos de la revolución obrera, aunque sean mortales?

También es necesaria una respuesta perfectamente clara a este interrogante. Si la fiesta del 1º de Mayo hubiese presentado en el mundo entero un carácter semejante, la cuestión de la represión no se plantearía en Rusia. Si Rusia estuviese sola en el mundo no sería lo mismo. Pero los trabajadores que este 1º de Mayo bajaron a las calles de

Moscú, Petrogrado, Járkov y Kiev, con tanto entusiasmo fue porque veían en Génova cómo su Rusia obrera y campesina le plantaba cara a cuatro decenas de estados burgueses. En los límites de Rusia los mencheviques y los s-r son insignificantes. Pero en el mundo la correlación de fuerzas es completamente diferente pues el poder lo ejerce en todas partes la burguesía respecto a la cual el menchevismo sólo es un mecanismo conductor de su influencia política.

El menchevismo ruso es insignificante pero es la palanca de un sistema todavía potente cuya fuerza motriz reside en las bolsas de París, Londres y Nueva York. La cuestión de Georgia lo ha demostrado con la mayor claridad. Según Vandervelde los mencheviques sólo han exigido la restauración de su Georgia; y M. Barthou, el más reaccionario de los parásitos políticos de Francia, ha exigido la admisión en Génova del antiguo gobierno georgiano. El mismo Barthou guarda cuidadosamente en la reserva el ejército de Wrangel para el caso en que le parezca útil un desembarco en las costas del Cáucaso. En el fondo, en todo esto, sólo se trata del petróleo del Cáucaso, deseado por las finanzas.

En nuestros límites nacionales, los mencheviques y los s-r no tienen ninguna importancia pero en el seno del capitalismo que nos rodea han estado, y siguen estando, al servicio a medias político y a medias militar del imperialismo armado. Tras una rutina cotidiana prolongada y todo el trabajo de zapa que comporta por las dos partes, la conferencia de Génova de nuevo ha sacado a la luz, bajo una forma dramática e impactante, el antagonismo entre la Rusia de los soviets y el resto del mundo. Por ello, los trabajadores de nuestro país se han puesto con tanto entusiasmo bajo la bandera de los soviets. Su magnífico movimiento ha mostrado, a la vez, la fuerza revolucionaria de nuestra república y la magnitud de los peligros que la rodean. No tenemos frente, hoy en día no nos batimos, pero estamos todavía en una fortaleza asediada. El enemigo ha consentido un armisticio y nos ha pedido que le enviemos parlamentarios. El enemigo nos tantea y se da cuenta de que estamos mucho más lejos de una capitulación de lo que nunca estuvimos. Pero el enemigo todavía es fuerte. El peligro sigue siendo, pues, enorme. Tal es la lección de nuestro 1º de Mayo; conscientes de nuestra fuerza, debemos vigilar sin descansar ni un instante.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es